

Leonardo Sancho Dobles

Las rutas sub-vertidas de Álvaro Quesada

Universidad de Costa Rica

[leo\\_sancho@hotmail.com](mailto:leo_sancho@hotmail.com)

Si bien es cierto me honra enormemente que el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica (CIICLA), Gastón Gaínza –a quien nunca dejaré de reconocer como mi maestro– y las queridas Eugenia y Amalia Chaverri me tomaran en cuenta para esta presentación del libro *Rutas de subversión* de Álvaro Quesada sobre la novela costarricense de los años 40 que ve la luz de manera póstuma, también tengo y debo reconocer que para mí, presentar un trabajo de esta magnitud, significa una tarea titánica y, más titánica aún, si en la convocatoria Eugenia Chaverri me propuso decir lo que me diera la gana. Decir lo que me dé la gana sobre un libro de Álvaro Quesada representa un compromiso muy grande, el cual asumo con un enorme gusto, como ya lo había hecho al colaborar en la presentación de su *Breve historia de la literatura costarricense* hace algún tiempo.

El compromiso y la tarea se me complica más, porque me cuesta mucho tratar de escindir a la persona de Álvaro Quesada de las muchas facetas en las cuales tuve el privilegio de conocerlo. En mi infancia, cuando él regresaba de la URSS, por segunda vez, con Eugenia, Ivannia y Natalia –por ahí de mediados de los setentas– vivieron cerca de la casa de mi familia en Escazú y mi padre lo bromeaba porque Eugenia, por su vocación y profesión de actriz, era mucho más conocida que él: “Estás fregado, vos estás casado con una mujer famosa, sos Álvaro *de* Chaverri”, le decía. Como amigo cercano de la familia Dobles Trejos en innumerables reuniones o tertulias, ya sea que tuvieran que ver con el Instituto Soviético o con las pantagruélicos

almuerzos dominicales allá en “El sitio de las abras”. Como mi profesor del Seminario sobre la obra de Fedor Dostoyevski que –como bien lo observa María Lourdes Cortés “dictaba la lección mirando a través de una ventana”– no gozaba de fama de entretenido entre los estudiantes de filología, caso frecuente, pero en su curso descubrí que había que azuzarlo, tentarlo, provocarlo para que nos trasportara al mundo de Tolstoi, Chéjov, Pushkin y el contexto de la Rusia zarista y las intrigas que se tejían en los escenarios de San Petersburgo y en los campos de aquellos lugares remotos y mágicos a la vez, todo esto, analizado y relatado bajo la incisiva lupa de los teóricos Bajtin y Lukács; también en mi época de estudiante recuerdo como si fuera ayer que él compartía la oficina con don Gastón y Manuel Picado –ellos tres conformaban la pequeña sección de Teoría y Crítica Literaria–, y a veces me tocaba coincidir con él cuando iba a reuniones de tesis los viernes con don Gastón, era la oficina 100, en la Facultad de Letras alejada, quizá por su filiación con el pensamiento marxista, del espacio de la Escuela de Filología en el segundo piso del edificio, más cerca de los filósofos. Como colega –si es que yo me pudiera considerar colega de él, pero reconozco que me faltan muchas rutas por recorrer y transitar y subvertir, además de su timidez y humildad ejemplares, para llegarle, si acaso, a los talones– cuando recibí un generoso comentario de su parte, y de Juan Durán Luzio, porque me atrevía a navegar en las “problemáticas” aguas de la crítica, el análisis y los congresos de literatura con una pequeña ponencia sobre la novela *El problema* de Máximo Soto Hall, allá en San Ramón de Alajuela, en la Sede de Occidente de la Universidad, por ahí de 1993. Además, a manera de confesión muy personal, tengo que reconocer que cuando me enoja, o algo me molesta de la cultura y la educación de este país –de ahí el textito mío que acompaña este libro–, siempre recurro a sus libros o a sus ideas para entender que, por ejemplo, los cambios de las listas de los libros de lectura obligatoria en escuelas y colegios propuestos por el Ministerio de Educación recientemente, o los premios nacionales de cultura –magones y aquileos todavía– responden aún en nuestros días al proyecto ideológico, supuestamente civilizador, del estado liberal-oligárquico consolidado desde hace más de un siglo en nuestro país y el cual no hemos podido subvertir, porque con las políticas neoliberales adoptadas desde hace algunos años se afianza todavía más.

En fin, hay para reconocer que no es fácil venir a hablar de lo que me dé la gana, que no es fácil separar el recuerdo de Álvaro Quesada de los muchos espacios en los que tuve el privilegio de conocerlo y tampoco es fácil encontrar nuevas rutas para revertir o invertir de las rutas ya trazadas por él. Y como puedo dar un traspie entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo académico y lo anecdótico-afectivo –y estoy seguro de que muchos de los que estamos hoy aquí reunidos nos encontramos en la misma situación– prefiero darme a la tarea de observar las rutas subvertidas por él porque su trazo y su mirada subvierten, advierten, convierten y divierten. Las rutas de subversión apuntadas por él son también de los caminos para revertir, advertir, convertir, invertir y divertir, porque transitando por esos caminos está lo subversivo y lo revertido, lo advertido, lo convertido y lo divertido.

En el libro que hoy nos reúne, hay cinco rutas de subversión claramente establecidas en el Capítulo I titulado “La novela de la generación de los años cuarenta”; son rutas subversivas porque trastornan y revuelven el *statu quo*, particularmente en lo político y lo estético. Entre esas rutas, observadas por el estudioso de la literatura costarricense, tenemos la trazada por la generación del cuarenta misma, que apunta a la revolución del viejo orden, que es el modelo del estado liberal-oligárquico –del cual todavía no nos libramos–; también, tenemos la subversión de otros discursos sociales y géneros literarios que se insertan en la literatura para ampliar y alterar la imagen de la realidad oficial; por otra parte, está la subversión de la escritura que trastrueca los límites y convenciones de la estética realista mediante la experimentación de nuevas y diferentes formas de narrar; además está la subversión de la mujer que, silenciada y reprimida hasta ese momento, se hace perceptible y representable mediante su voz para alterar el discurso oficial del patriarcado y, finalmente, la ruta establecida por la época misma, donde emergen discursos que apuntan al cambio de un orden desgastado y caduco. Todas estas rutas –según lo observa Álvaro Quesada– son subversivas porque significan una nueva manera de imaginar la realidad y representan nuevas formas de convivencia y relación social.

Ahora bien, además de las rutas anteriores ya destacadas por el mismo autor, están otras, las rutas advertidas por él y son las que tuvo que fijar y recorrer cuando, a su regreso de la URSS, no

sabía hacia dónde enrumbarse con su conocimiento de la lengua, la cultura, la teoría y la literatura rusas –y por un sabio consejo de Eugenia– debió revertir todo su acervo teórico para observar y fijarse atentamente en la literatura costarricense, y al mirar desde su perspectiva de estudioso ruso advierte y convierte la literatura nacional costarricense en otra idea diferente a la ya preestablecida. Con su primer estudio transforma la percepción que existía sobre nuestras letras en algo diferente a lo que el *statu quo* proponía.

En otra oportunidad me referí a que él encontraba las respuestas en los clásicos rusos, voy a seguir su ejemplo para observar esta ruta advertida a través de las palabras de Fedor Dostoyevski. En 1880 el novelista ruso pronuncia un discurso sobre el escritor Aleksandr Pushkin ante la Sociedad de Amantes de la Literatura Rusa, en esa oportunidad el autor de *Los hermanos Karamasov* decía: “Que Pushkin fue el primero en describir, con su profundo, penetrante y altísimo espíritu y con un corazón auténticamente ruso, el grave y morboso fenómeno de nuestra Inteligencia, de nuestra sociedad descuajada del suelo que piensa remontada a las nubes y el primero en reconocer su esencia.” Más adelante, agrega Dostoyevski, que “Pushkin ha sido el primero (así, como suena: el primero, y antes que él, ninguno) en darnos los tipos artísticos de una belleza rusa que inmediatamente ha nacido del alma rusa, que se revela en nuestro espíritu popular, doquiera en nuestra tierra, y que él Pushkin, ha buscado y encontrado aquí.” Las palabras que Dostoyevski decía sobre otro gran escritor ruso pueden ser perfectamente aplicables también a la labor silenciosa, tímida y humilde, que Álvaro Quesada hizo al advertirnos que los aspectos y discursos de la política, los grupos y clases sociales, las ideologías, las identidades se infiltraban en la literatura y nos evidenciaban un complejo entretendido de voces y discursos que dan cuenta de una realidad nacida del alma costarricense y de la que dan cuenta también sus libros publicados y este último que hoy nos convoca y donde una vez más nos describe, con su profundo, penetrante y altísimo espíritu, el grave y morboso fenómeno de nuestra literatura nacional, de nuestra sociedad fragmentada.

Con respecto a este libro, *Rutas de subversión. La novela de los años cuarenta*, además de los capítulos relativos a la generación de 1940, a los estudios monográficos sobre Fabián Dobles

y Joaquín Gutiérrez, trabajos sobre el teatro y la extensa bibliografía crítica hay algunas rutas divertidas, que bien podría tratarse de algún error tipográfico, un lapsus o un desliz, que también nos ofrecen una idea del humor –observados por Amalia Chaverri también– que en los espacios de mayor confianza dejaba traslucir el mismo autor; estas podrían ser las rutas divertidas, también podrían ser trampas y simples jugarretas del destino o de las letras mismas.

Un detalle curioso, quizás un lapsus en el que se evidencia –a manera de gazapo– un descuido inconsciente, es el neologismo que aparece en el estudio monográfico sobre Fabián Dobles donde se nos dice que “La obra de Fabián Dobles, autor prolífico y polifacético, abarca todos los principales géneros literarios: la novela, el cuento, la poesía, el teatro, artículos *publicísticos* en revistas y periódicos.” (47). Todavía no me atrevo a averiguar si la palabra “publicístico” ya fue reconocida como un neologismo –entonces tendríamos que reconocer también a su hermana “periocitario”– pero sí me atrevo con toda la certeza a decir que en este momento en algún lugar del éter cósmico, Álvaro y Fabián se deben estar riendo de esto, mientras paladean un vasito de buen vodka ruso, eso sí, bien helado.

Sin embargo, otro *lapsus* traicionero que da amplio margen para reflexionar sobre el pensamiento y la ideología del autor, podría significar un error tipográfico que hay en la página *xxi* de la introducción al libro *Rutas de subversión*, donde en el apartado subtulado “Vida académica”, en la parte correspondiente a participaciones y colaboraciones, se lee: “Participación en unos 50 congresos, seminarios, concursos nacionales e internacionales de literatura, celebrados en Costa Rica, Alemania, Dinamarca, Estados *Uniditos* de Norteamérica, Yugoslavia, Rusia, España, Venezuela, México, Cuba, Chile, Argentina y Panamá.” Como acto fallido estos Estados Uniditos se puede leer una especie de traición del inconsciente que hace decir lo que de modo consciente se quería, o debía decir, y se revela un deseo oculto; sin embargo, para la ocasión es mejor dejar la incertidumbre en torno al origen del gazapo.

Finalmente, dentro de estas divertidas y lúdicas trampas que nos ofrece el libro hay un detalle curioso que evidencia el cariño, el aprecio y el afecto, que quienes se encargaron de la edición de estos materiales le tenían a su autor. En el índice se lee que el Capítulo V lleva como

título “Sobre Álvaro Quesada”, de igual manera se hace constar en la presentación: “El quinto capítulo, ‘Sobre Álvaro Quesada’, es una selección de testimonios de otros investigadores sobre la ínclita labor a la que se abocó el maestro.” Pero, en la ventana de ese mismo capítulo V, correspondiente a la página 175 del libro, se lee nada más SOBRE ÁLVARO. El paso de Álvaro Quesada a simplemente Álvaro, es un juego inconsciente del libro mismo y representa un *lapsus* encantador, porque el texto nos hace una trampa y la lengua se traiciona poniendo simplemente Álvaro en lugar Álvaro Quesada, en este detalle pudo más el cariño que la formalidad del texto, y de quienes lo cuidaron, y estoy completamente seguro de que eso fue lo que muchos quisimos decir, eso fue precisamente lo que anotó María Lourdes Cortés en su texto –menos más que no quedó “Alvarito” como también se le conocía en algunos espacios de amigos cercanos—. Las trampas y los juegos del libro subvierten también el consciente y evidencian de manera precisa lo que él nos enseñó a leer, las rutas sub-vertidas.

Termino retomando la palabra de Dostoyevski que, a la par de la palabra de Álvaro, nos ayuda a esclarecer las rutas del entendimiento. Decía el clásico escritor ruso: “De sobra, de sobra sé que mis palabras podrán parecer exaltadas, hiperbólicas y fantásticas. Pero, en fin, aunque así sea, no lamento haberlas pronunciado. No habría más remedio que decirlas, y decirlas ahora [...] en el momento en el que honramos a nuestro grande [...] que precisamente encarnó esa idea en toda su potencia creadora.”

Y yo, me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes encuentren, en otras rutas, su versión.